

DISCURSO DE BIENVENIDA
DE ÁNGELA LUCÍA DI TULLIO

Señora Vicerrectora de la Universidad del Comahue, señora Secretaria Académica de la Facultad de Humanidades, señor académico correspondiente por la provincia de Río Negro, autoridades, colegas docentes, alumnos, señoras y señores:

En ese voluminoso e irreverente libro, de publicación que todavía podemos calificar como reciente, en el que Adolfo Bioy Casares ventila, tomadas de su diario, las conversaciones mantenidas con Jorge Luis Borges a lo largo de cuarenta y dos años, se reproducen estas palabras de nuestro gran escritor, dichas, como todas las que componen la obra, en una intimidad transgredida (y que piadosamente yo reinstalo sustituyendo nombres por letras):

Me agarraron para un homenaje a [X] en la Academia. Como a nadie le importaba un pito de [X], abundaban los epítetos *ilustre e insigne*.

Y en otro pasaje del mismo volumen, Borges da a su amigo este desolador informe:

.. [Z] habló para recibir a [Y]. [...] El discurso de recepción duró más de media hora. Yo lo oía con asombro de que en ningún momento [Z] sintiera la tentación de pensar.

Con tan autorizadas prevenciones, la encomienda de presentar al nuevo miembro correspondiente de la Academia Argentina de Letras por la provincia del Neuquén me sometía a razonables restricciones iniciales, que me propuse respetar. Y si bien en cuanto a la capacidad de pensar no puedo ofrecer garantías, sí prometo esforzarme en eludir

los encomios desgastados por la retórica y no abusar del tiempo que ustedes me conceden.

La envidiable ventaja que ofrece la presentación de Ángela Di Tullio es que la mera exposición de sus antecedentes, por apretada que sea, exime de adjetivación; desafiando la tolerancia de las categorías gramaticales, yo diría que en su caso, el sustantivo, como podrán comprobar quienes me escuchan, ya conlleva el adjetivo.

Ángela Lucía Di Tullio nació, como yo, en Buenos Aires, aunque como es evidente, algunos años después que yo (que lo hice en 1949...).

Se recibió sucesivamente de Profesora en Letras y de Profesora en Letras, con orientación en Lenguas y Literaturas Clásicas, en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires, en los no fácilmente calificables años que van de 1973 a 1975. Al parecer, fuimos compañeros de carrera, aunque por una patológica especialización de mi memoria, soy proclive a recordar lo malo de aquellos tiempos y no las buenas oportunidades.

A los dos títulos obtenidos, Di Tullio sumó en 1980 el de Licenciada en Letras, en esta Universidad Nacional del Comahue (con la máxima calificación), y en 2000 obtuvo el grado máximo de Doctora en Letras por la Universidad de Buenos Aires, en la misma Facultad de Filosofía y Letras donde se había formado, con la tesis "Políticas lingüísticas e inmigración: el caso argentino", dirigida por la Prof.^a Elvira Arnoux, que mereció también la calificación más alta y la recomendación de publicación.

No sabemos qué otras fuerzas, además de la inteligencia, impulsaron a Ángela Di Tullio a dejar Buenos Aires y venirse al Neuquén (envidia a la Dra. Zorrilla la espontaneidad y coherencia con que antepone el artículo *al* Neuquén). Lo cierto es que en esta Casa, desarrolló toda su carrera docente, desde auxiliar en las asignaturas Filología Hispánica, Lingüística, Gramática Castellana y Latín, pasando por adjuntías en Lógica y Metodología de las Ciencias, Filología Hispánica y Latín, hasta alcanzar la titularidad en Gramática I y II, y en Filología Hispánica; todo ello en un lapso de diecinueve años y habiendo sobrevivido a cinco concursos, refinado instrumento universitario de inspiración darwiniana, cuyos resultados, al menos en mi experiencia metropolitana, son en muchas ocasiones justos, pero casi invariablemente garantía

de larga espera, desórdenes nerviosos, pérdida de apetito y de amistades, y, como el rapto de Helena, origen de numerosos duelos.

Además de sus obligaciones docentes regulares, la profesora Di Tullio ha dictado cursos tanto en esta Casa como en las Universidades Nacionales de Córdoba, Cuyo y Buenos Aires. Es profesora estable en la Maestría en Lingüística, en esta universidad; en el Doctorado en Ciencias del Lenguaje y en la Maestría de Español para Extranjeros, ambos en la Universidad Nacional de Córdoba; y en la Maestría de Análisis del Discurso, en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires. Fuera de nuestro país, ha dado cursos en la Università degli Studi di Napoli Federico II (Italia), en la Universidad Católica de Valparaíso (Chile) y en la Universidad de la República de Montevideo (Uruguay). Y ha cumplido estancias como profesora invitada en las Universidades de Santiago de Compostela y en la Católica de Lovaina.

En el espacio institucional de la Secretaría de Investigación del Comahue, ha sido directora de cinco proyectos de investigación y lo es de uno en curso. Como becaria externa del CONICET, desarrolló en su momento un proyecto de investigación en la Universidad Complutense de Madrid y otro en la ya mencionada Università degli Studi di Napoli Federico II.

En el rubro que los especialistas han dado en llamar “formación de recursos humanos” (y que a uno le hace preguntarse qué estatus ontológico tendrán las clases que se dan a los alumnos, curiosamente excluidas), la Dra. Di Tullio ha dirigido una tesis de maestría y dos de doctorado; al presente dirige una tesis de doctorado y codirige tres. Ha sido directora o codirectora de becarios locales y del CONICET, así como tutora de estudiantes, licenciados y doctorandos de universidades del exterior.

Ángela Di Tullio es autora de los libros *Manual de gramática del español. Desarrollos teóricos. Ejercicios y soluciones* (Edicial, 1998), reeditado y reimpresso con correcciones en 2005 (La Isla de la Luna), y *Políticas lingüísticas e inmigración: el caso argentino*, su remozada tesis de doctorado, publicada por Eudeba en 2003.

Ha contribuido con sendos capítulos en dieciséis volúmenes colectivos y compilaciones argentinas, chilenas, españolas, italianas e inglesas, y ha escrito una veintena de artículos en revistas especializadas a uno y otro lado del Atlántico. Son igualmente numerosas sus contribuciones

para congresos nacionales e internacionales publicadas en las actas correspondientes, así como su labor de esclarecimiento y difusión en periódicos. No es fácil imaginar cómo encontró tiempo para dictar seminarios de perfeccionamiento y conferencias de divulgación, además de criar tres hijos, pero también lo hizo...

Ha participado como consultora y redactora en la *Gramática de la lengua española*, que con intención panhispánica, prepara la Real Academia Española, y es corresponsable, junto con Julio Borrego Nieto, de la tarea, que ciertamente no le envidiamos, de redactar el *Compendio* de dicha gramática. No puedo dejar de subrayar la distinción que significa que una connacional haya sido convocada para la delicadísima tarea de colaborar en la confección de la gramática descriptiva de una lengua de cuatrocientos cincuenta millones de hablantes.

Ha sido becaria del CONICET en la Universidad de Santiago de Compostela, becaria *intercampus* por concertación, invitada por las Universidades de Santiago de Compostela y de Girona, y becaria del Gobierno italiano.

Di Tullio no eludió tareas de gestión; ha sido Consejera electa por el claustro de profesores en el Consejo Directivo de la Facultad de Humanidades de esta Universidad. Desde 1998 es miembro del Consejo Consultivo de su Departamento de Letras, del cual fue Directora en el período 1993-1994.

De entre las distinciones obtenidas, destaquemos el Premio Kónex recibido en 2006 (Diploma al Mérito en Teoría Lingüística y Literaria), que distinguió a las personalidades de mayor relevancia en Humanidades del decenio 1996-2005; y en 2007, el Segundo Premio Municipal de Literatura en el género ensayo por su obra *Políticas lingüísticas e inmigración*.

En verdad, dar cuenta detenida de la vastedad del quehacer y la producción de Ángela Di Tullio nos llevaría mucho más tiempo, y si no ahondo en detalles es, como decían los cronistas del dieciséis, “para evitar prolijidad”.

La amplitud e importancia de los temas abordados por la Dra. Di Tullio impiden desplegarlos con la nitidez que merecen. En una clasificación apenas informativa, me atrevo a mencionar en primer término aquellos referidos a la gramática del español, sea en el registro culto estándar o en el hablado, con una muy rica diversidad de tópicos y orientaciones

teóricas (sin ánimo de exhaustividad, aunque eligiendo las expresiones que más impresionan a los legos, cito sus aportes sobre copulativas enfáticas, adverbios adjetivales, auxiliares y operadores aspectuales en el español rioplatense, verbos psicológicos y estatividad, construcciones con verbos de percepción, verbos psicológicos, sustantivos y posiciones, expresiones interjectivas, construcciones ponderativas, las categorías híbridas, la expresión de la posesión inalienable; y desde el generativismo, sus contribuciones sobre fragmentos y modalidad, auxiliares y operadores aspectuales, los “adjetivos desnudos” y la cuantificación verbal, y un etcétera que viene a rescatarnos). También ejerció la ortodoxia filológica en una investigación sobre el artículo románico.

Otra dirección de su labor, muy próxima a nuestras preferencias, ha sido la historia de las políticas y actitudes argentinas frente a la lengua, que enmarcó su ineludible trabajo sobre la lengua de la inmigración, en particular la de los italianos, que están en su sangre inmediata, y la delimitación y caracterización lingüísticas de esa entidad que nuestra tradición rioplatense fijó en el argentinismo *cocoliche*.

Y seguramente como desprendimiento natural de su labor de años en la cátedra, la Dra. Di Tullio se ocupó también de reflexionar sobre los problemas teóricos y prácticos que presentan la enseñanza de la lengua, la identidad lingüística, los criterios de corrección en la perspectiva de la norma pluricéntrica y las relaciones entre la gramática, la lengua cotidiana y la del periodismo.

Una vez más, soy consciente de los recortes que impuse a esta probanza de méritos, por los que me acojo a la indulgencia de la damnificada.

Es condición para ser nombrado miembro de la Academia Argentina de Letras “haberse distinguido especialmente en el cultivo de las letras o en estudios relacionados con nuestro idioma”. Creo que lo expuesto en los párrafos precedentes no permite dudar de que el requisito ha sido holgadamente satisfecho.

La Dra. Alicia Zorrilla y yo hemos acudido hoy para investirla formalmente como miembro correspondiente de la Academia Argentina de Letras en esta provincia. Representamos una institución que lleva ya setenta y siete años de existencia, cifra cuya grafía duplica un número que la tradición esotérica mira con ojos contradictorios: aunque siete son las notas musicales, los colores del arcoiris o las virtudes teologales,

también son siete los pecados capitales y los sellos del Apocalipsis... Y sabemos que la Academia sobrelleva una páreja consideración bifronte: o una estimación social positiva absoluta, previa a cualquier análisis, o los efectos de un imaginario ligera o francamente hostil, que hace de ella un reduçto de gente mayor (por decir lo menos), siempre sospechosa de conservadurismo y dudosa plasticidad. Con respecto a la edad, solo podemos alegar que se trata de una pandemia que tarde o temprano alcanza a todos y que amerita antes una buena preparación que una condena. Con alguna desilusión, he venido a comprobar que, a diferencia de lo que ocurre en Francia, los académicos argentinos no somos inmortales. Y ser conservador es, según el diccionario, manifestarse favorable a la continuidad en las formas de vida colectiva y adverso a los cambios bruscos, lo que puede entenderse como una forma de la prudencia no demasiado diferente de la que se invoca en Buenos Aires para un viaje en ómnibus. Y después de todo, sentir en los sillones la larga presencia histórica de miembros de número literatos, como Mallea, Banchs, Mastronardi y Borges, y de filólogos y gramáticos, como Eleuterio Tiscornia y Ofelia Kovacci, o la tutela de los primeros correspondientes, como Menéndez Pidal, Alfonso Reyes, Karl Vossler y Amado Alonso, no es una experiencia que necesite justificación.

En verdad, no es mi intención hacer publicidad de la Academia Argentina de Letras, tan generosamente recibida hoy por ustedes. Pero para aventar sospechas de quietismo e iluminar el quehacer cotidiano de la Corporación a la que hoy se suma Ángela Di Tullio, me permito recordar que la Institución está a punto de publicar el número 293-294 de su *Boletín*; que tiene en su haber las colecciones de Clásicos Argentinos, de Estudios Académicos y de Estudios Lingüísticos y Filológicos; que hoy ofrece digitalizadas sus colecciones de Literatura Gauchesca, de Clásicos Argentinos, de Viajeros, de los Documentos de Pedro de Ángelis y, en vías de reproducción, los valiosos tomos de la colección de *Cuentos y leyendas populares de la Argentina*, de Berta Vidal de Battini, así como el epistolario de Manuel Gálvez y de Roberto Giusti; que ofrece una riquísima biblioteca especializada de 130 000 volúmenes y una hemeroteca de 3400 títulos; que cuenta con un Departamento de Investigaciones Lingüísticas y Filológicas, donde no solo se elaboran los informes de que el Pleno se sirve en sus sesiones quincenales para revisar las propuestas de adiciones, supresiones y modificaciones léxicas

al otrora *Diccionario de la Real Academia Española* y hoy *Diccionario de la lengua española*, y las búsquedas y definiciones tentativas para la elaboración del *Diccionario del habla de los argentinos* (que ya ha alcanzado su segunda edición, con vistas a una tercera), sino da respuesta a las numerosas y cotidianas consultas del público en general; que ya lleva publicados ocho tomos de los léxicos particulares que integran la colección *La Academia y la lengua del pueblo*; que por último, concede los premios anuales a los egresados con mayor promedio de las carreras de Letras de las universidades estatales y privadas del país, así como el Premio Academia Argentina de Letras, rotativamente otorgado en los géneros de narrativa, poesía y ensayo.

* * *

La primera función específica que el acta fundacional de 1931 asigna a la Academia es “dar unidad y expresión al estudio de la lengua y de las producciones nacionales, para conservar y acrecentar el tesoro del idioma y las formas vivientes de nuestra cultura”.

La labor de la Academia solo cobra pleno sentido si ese principio se comparte y cultiva en toda la extensión del territorio argentino. Los miembros correspondientes son a la vez que un homenaje a las provincias en las que se desempeñan, el contacto indispensable para recibir los aportes de su literatura y de todos los registros de su variedad lingüística, cuyo adecuado conocimiento no sería posible obtener desde Buenos Aires sino de una manera imperfecta. La Academia necesita y reclama esa colaboración federal. El buen conocimiento del castellano de la Argentina, de su historia y evolución, de su empleo en el registro estándar y en sus variedades regionales es condición para una construcción de su identidad no solo histórica y cultural, sino también lingüística, que nuestra nación todavía no ha alcanzado debidamente.

Ángela Di Tullio es hija de italianos, yo lo soy de españoles, pero cuya primera lengua tampoco fue el castellano. Además de los años de universidad compartidos, nos hermana esa circunstancia frecuente, que probablemente sea familiar para muchos de quienes hoy están aquí y que acaso afinó nuestra sensibilidad frente a las formas de expresión del país anfitrión de nuestros padres y delineó una vocación común. No creo equivocarme si descuento en ambos el deslumbramiento por el misterio

y la belleza arquitectónica del idioma, y cierta consagración obsesiva al asedio de sus mecanismos. Por todo ello, me hace feliz haber sido elegido para esta visita académica, privilegio que vuelvo a agradecer a quienes lo hicieron posible.

Creo que he insumido veinte minutos eludiendo con éxito los adjetivos *ilustre* o *insigne*. Haciendo ostentación de capacidad innovadora y de fe en la analogía, podría haber intentado saludar a Ángela Di Tullio como nueva *miembra*, pero además del temor a la reprensión de nuestra Secretaria, confieso que la transgresión nunca ha sido mi fuerte...

Felicito a la Universidad del Comahue por contar con la Dra. Di Tullio en su cuerpo docente.

Permítanme, por último, expresar a Ángela mi admiración y afecto, y sumarme a mis restantes pares para darle la bienvenida a la Academia Argentina de Letras en representación de la provincia del Neuquén.

Y a todos ustedes, por su hospitalidad, atención y paciencia, muchas gracias.

José Luis Moure